

LA TRAVESÍA DE LA NAVIDAD

Esperanza, diálogo, filiación



«DESESPERACIÓN, INCOMUNICACIÓN Y SENTIRNOS HUÉRFANOS», son síntomas de *otro virus* que nos puede infectar en este tiempo de pandemia. Pero, gracias a Dios, para esta enfermedad si tenemos una vacuna con componentes a nuestro alcance: «esperanza, diálogo y filiación». El laboratorio que la distribuye gratis es de entera confianza: La OMS (Omnipotente y Misericordiosa Sabiduría) de Dios lo acredita. Todos podemos vacunarnos. Lee atentamente el Prospecto siguiente para su recta aplicación: nos invita a hacer tres travesías, llevados de la mano del profeta Isaías, el profeta «poeta»: *la travesía de la desesperación a la esperanza; la travesía de la incomunicación al diálogo; la travesía del sentimiento de orfandad a la alegría de sentirnos hijos y hermanos.*

Primera travesía

De la desesperación a la «esperanza»

LA NIEBLA BAJA NOS EMPUJA AL ENSIMISMAMIENTO. Y cuando nuestros ojos solo contemplan mi propia imagen proyectada en un espejo, la mirada se vuelve fría, se agota en la contemplación del presente, se confina la capacidad de levantar los ojos de la esperanza y otear el futuro que viene. Esto nos puede adormecer, haciéndonos prisiones del sofá preferido. Nos viene bien el reclamo que hace Jesús a sus discípulos: *Estad en vela...* Velar no es vigilar, sino levantar la mirada más allá de lo inmediato y con nuestra lámpara encendida aguardar la llegada de alguien que viene con buenas intenciones: en Adviento, «velamos», aguardamos la venida del Salvador.

Las «malas noticias» nos ahogan, en un océano de papel y ondas virtuales. El continuo martilleo de las cifras del *covid*, la amenazadora crisis económica, la tragedia del paro, el negro futuro laboral de tantos jóvenes, parece decirnos que es un milagro que existan aún unos ojos cargados de esperanza, que estén en vela y que miren al futuro con ilusión. Pero, con honradez, ¿no ansiamos, en lo hondo del corazón la llegada de algo distinto, sorprendente, que calme nuestra ansiedad y nuestra sed de vida?

El profeta Isaías, susurra a nuestro oído palabras de renovada esperanza: *a pesar de todo, Tú Señor, eres nuestro Padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: ¡somos obra de tus manos!* Con la bella imagen del alfarero el profeta nos confirma que nuestra vida no depende del azar o un fatídico destino: tenemos un Creador, somos obras de Dios, obras débiles como la arcilla, pero estamos en las mejores manos.

Adviento nos recuerda que Dios viene a nuestro encuentro, desnudo como un Niño pequeño pero con la fuerza de su amor. Viene a decirnos que no estamos solos, que Dios no abandona la obra de sus manos; y nos levanta la mirada para otear un futuro cargado de esperanza. Dios Padre nos invita a coger la mano de su Hijo, esto es la fe, para romper la angustia del presente y abrirnos a un futuro fascinante. Adviento anuncia el gran proyecto de Dios: el «proyecto esperanza» y nuestra tarea *trasladar nuestra casa desde la desesperación hasta la morada de la «dulce esperanza»*. No es accidental el adjetivo: la esperanza llena la vida de dulzura.

Jesús, el Hijo de Dios, viene a compartir nuestra vida, nos rescata del abismo de la desesperación y nos invita a navegar hasta el puerto de la esperanza. Alguien nos aguarda y llenará de sentido todas las preguntas y dará un justo pago a todas las buenas obras. Dios viene a nuestro rescate, sin subvenciones europeas, sólo con la fuerza de su gracia y de su amor. Esta es, hoy, la noticia: la Buena Noticia.

Segunda travesía De la incomunicación al «diálogo»



LA PALABRA ES LO MÁS PERSONAL QUE TENEMOS. Su riqueza es nuestro tesoro. Podemos pronunciarla o retenerla en el sagrario secreto de la intimidad del corazón. Hacerla creativa o asesina. Es tal el poder de la palabra que, hoy, mundos enteros luchan por dominarla, por ponerla al servicio de intereses ocultos: los medios de comunicación, el «cuarto poder», manejan con mano de seda, virtual e invisible, los hilos ocultos del mundo.

Cuando vivimos ensimismados, tendemos a aislarnos y romper la comunicación: no llamamos, respondemos con desgana a la llamada que casi siempre estimamos inoportuna. La incomunicación nos despersonaliza, nos empuja a monosílabos intrascendentes o a gestos impositivos... Sin embargo, somos personas cuando nos comunicamos con la palabra, cuando entablamos relaciones con los otros.

Dios ha entablado comunicación con los hombres y mujeres de todos los tiempos, dirigiendo su palabra a todos los pueblos. La relación entre Dios y su creatura es un gran relato. La serie más popular y antigua en la que todos estamos implicados como actores y beneficiarios: relato de la creación, relato del éxodo, historia de los profetas, libros de sabiduría, salmos de oración... Grandes hombres han prestado su ingenio para poner en escritura amorosa las palabras en las que Dios sigue diciendo que ama al hombre: esto es la Biblia, Palabra de Dios, la historia del diálogo de Dios con cada uno de sus hijos. Cuando yo abro la Biblia, al leer sus hojas me hablan.

Podemos estar contaminados por la incomunicación, que nos defiende de las malas noticias pero también puede bloquearnos ante un buen mensaje. Vivimos aturdidos de rumores: la prisa, la satisfacción y los sentidos desnudos, nos impiden la sintonía armoniosa con los demás y también con un Dios que quiere hablarme. Dios, ante tanta sordera humana ha querido hacerse Palabra tangible, no una palabra cualquiera: la palabra es, ahora, su Hijo, el Verbo Encarnando, la única Palabra de Dios: *Y la Palabra se hizo carne... Y habitó entre nosotros.* Y la Palabra es luz, *camino, verdad y vida.* Pero, Dios es tan grandioso que no se impone por la fuerza: es Palabra de Amor, palabra generosa, que deja a la grandeza de la libertad del hombre la respuesta gratuita. Él nos abre *la puerta de la fe*, pero nosotros tenemos que cruzar el umbral.

El confinamiento y la imposibilidad de gustar las relaciones sociales nos han ido estrechando el corazón en un profundo dolor. Y Dios, queriendo aliviar la tristeza de nuestra soledad, nos recuerda que en Navidad él se hace nuestro interlocutor. Dios, en Navidad, es *Emmanuel*, “Dios-con-nosotros”, rompe cualquier aislamiento y entabla una tertulia amiga con cada uno de nosotros. En estas entrañables fiestas Dios se invita a casa, se sienta a nuestra mesa camilla, al calor del hogar nos invita a tratar de amistad con él. Así, define la oración santa Teresa.

Dios abre el diálogo pero no impone la conversación. Tan sólo nos pide que le hagamos un hueco en la agenda interior de nuestro corazón. Recordemos una frase terrible del prólogo del evangelio de Juan, cuando hablando de Jesús dice: *Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.* ¡No lo recibimos! Esta Navidad nosotros podemos cambiar la historia y corregir hasta el evangelio de Juan: *Vino a los suyos... ¡y los suyos le recibieron!* ¡Le recibimos!

Sentemos a Dios en nuestra mesa. No se incrementará el número de comensales, sino que adquirirá calidad la cena compartida. Será, como dice el místico: una cena *que recrea y enamora.*

Tercera travesía De la orfandad a la «filiación y la fraternidad»



ALGUIEN HA SENTENCIADO QUE VIVIMOS EN UN MUNDO HUÉRFANO. La criatura ha roto sus vínculos con el Creador y navegamos en una tormenta de incertidumbres, sin una mano que nos estreche y nos infunda seguridad; los hijos, más pródigos que nunca, cargados de soberbia, se han emancipado y se han marchado a su propia aventura, olvidándose de la casa paterna; las palabras germinales como: padre, madre, hijo, hija... se han encriptado en fríos datos estadísticos.

Sí, esta pandemia ha disuelto la calidez de las relaciones. Nos hemos refugiado en burbujas unifamiliares pero no las hemos hecho transparentes, comunicándonos con sonrisas y abrazos virtuales. Aturdidos, hemos confundido seguridad con miedo... y este, a veces, ha alcanzado el nivel del pánico. Aislados, nos hemos podido convertir en huérfanos voluntarios.

Pero nada es nuevo en la historia de Dios con los hombres. David, el rey pecador, arrepentido de haber roto su relación con Dios, ha prometido, como expiación de su pecado, hacerle un templo a Dios. Y Dios le responde vaticinando, por boca del profeta Natán, un tiempo de esplendor para su pueblo. Es la gran promesa. Le anuncia a David que tendrá descendencia y que ésta será grande: *estableceré detrás de ti un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas, y consolidaré tu reino. Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo... tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia.* Hermosa profecía, preñada de esperanza, que nos devuelve el sabor de las palabras germinales: padre, hijo....

Este marco del Antiguo Testamento encuadra la escena del Evangelio que ilumina este tiempo Navidad. Un ángel pone voz a la voluntad eterna de Dios y le comunica a una Virgen: *concebirás y darás a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo el Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su Reino no tendrá fin.* Después del sí de María, descendiente de David, en su hijo Jesús, Hijo de Dios, se realiza con plenitud la promesa divina: *Yo seré para Él un Padre y Él será para mí un hijo.*

Pero el Hijo único de Dios no ha querido reservar solo para sí esta rica herencia. Nos ha sumado a cada uno de nosotros como beneficiarios de este hermoso testamento: somos, también hijos de adopción y coherederos. Las palabras de promesa que, aquel día, Dios dirigió a David: *Yo seré tu Padre, tú serás mi hijo,* llegan a su plenitud cuando Dios Padre proclamó de Jesús: *Este es mi Hijo, el Predilecto.* Esta declaración de paternidad, estas mismas palabras, están dirigidas a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Por eso yo, hoy, puedo susurrar con temblor y piedad: *Dios es para mí un Padre, y yo soy para Él un hijo.* Y no solo puedo pronunciar con pleno derecho la palabra Padre, mirando a Dios, sino que tengo el deber, dulce deber de mirar a cada hombre y cada mujer y llamarles hermanos.

Desde la primera Navidad, nadie es huérfano. Nadie, si suma su propia voluntad a la de Dios, está condenado a estrecharse a sí mismo en un abrazo egoísta sino a extender sus manos para estrechar en su derecha la mano de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, y en su izquierda la suave mano de María, y dejarse llevar en volandas, como el hijo pequeño que columpian sus padres. Y cantar una bella canción que recrea palabras hermosas: padre, madre, hermanos...

Epílogo

Invocamos a Dios con palabras del profeta «poeta»



EL PROFETA ISAÍAS MARCHÓ CON SU PUEBLO cuando Israel fue arrastrado al destierro de Babilonia, dejando atrás todas sus pertenencias y sobre todo sus señas de identidad: atrás quedó Jerusalén, la ciudad santa, el Templo y sus sacerdotes, y sus reyes humillados... Cada israelita, lejos de su patria, se sintió arrancado de su propia historia: sin esperanza, incomunicado y huérfano. Y no hay peor enfermedad que la que debilita la propia identidad y engendra dudas sobre quién soy. Cuando este virus afecta a muchos, se convierte en pandemia. El destierro de Babilonia, fue para Israel, el pueblo escogido de Dios, una auténtica pandemia.

Pero Dios no abandona a su pueblo. Y el profeta sale al rescate. El profeta no es solo quien otea el futuro y anuncia las promesas de Dios a su pueblo; él es, también, quien en momentos de exilio o de pandemia sostiene la esperanza del pueblo como un canto coral: *¡Dios es fiel a sus promesas! aunque, a veces, se nuble su presencia.* Nadie como el profeta Isaías -¡siento sana envidia por este profeta!- supo levantar la esperanza en el abatimiento del exilio. Sus ojos observadores descubrían el sufrimiento de su pueblo y aliviaba su dolor con el bálsamo de una profecía cargada de hermosas imágenes: la esperanza, era el estribillo de su canción.

Le vamos a pedir prestadas al profeta algunas de sus proclamas, convertidas en peticiones, para que en plena pandemia también nosotros podamos mirar el futuro como un tiempo preñado de esperanza:

* *De las espadas se forjarán arados y de las lanzas podaderas (Is 2,4)* Ojalá que la paz sea el «EPI protector» de la humanidad.

* *En mi monte santo os serviré un festín de manjares exquisitos, de vinos de solera (Is 25,6)* Qué la caridad ensanche el número de los comensales... hasta el infinito.

* *Seréis inmunes al veneno de la serpiente y la picadura del áspid (Is 11,8)* Aguardamos la vacuna como un regalo de la inteligencia humana y una donación del Creador: que llegue a todos!

* *El pueblo que caminaba en tinieblas verá una gran luz (Is 9, 1)* La luz orienta el camino y alarga los horizontes. Aspiramos a ser todos testigos de una rueda de prensa virtual que anuncie sin tintes políticos que se acabaron las tinieblas del virus y que viene la luz de la normalidad

¿Y esta visión de futuro es imposible? nos preguntamos. El profeta responde: Sí, lo hará un *pequeño muchacho que será nuestro pastor (Is 11,6)*.

El profeta alienta la esperanza de que Dios cumpla siempre sus promesas, aunque no en el tiempo que nosotros programamos, porque *sus caminos no son nuestros caminos...* Aunque provisionalmente vivimos en el exilio de esta pandemia, Dios sale a nuestro rescate, con palabras cargadas de poesía: la esperanza brotará como el verde musgo de un portal de Belén; el diálogo romperá las barreras del confinamiento con sonrisas virtuales; y todos, como los pastores, encontraremos una Sagrada Familia, que nos dice que nadie es huérfano, que todos somos hermanos.

Adviento-Navidad 2020.

Alfonso Crespo Hidalgo. Parroquia de San Pedro